

WAPNICK: En esa época, no. Pero en cuanto *Un curso de milagros* comenzó a manifestarse desde Jesús a través de Helen, Bill empezó a leerlo. Por iniciativa propia, también leyó mucho sobre las enseñanzas místicas tanto de Oriente como de Occidente. Fue entonces cuando descubrió que el Curso tenía algunas ideas en común con el vedanta.

CLARKE: ¿De modo que ellos no lo habían estudiado antes?

WAPNICK: No, ninguno de los dos tenía ningún conocimiento previo en absoluto del pensamiento oriental.

CLARKE: ¡Es asombroso!

WAPNICK: Y ninguno de los dos tenía conocimientos previos sobre el gnosticismo. Hasta que comencé la investigación para mi libro (*Love Does Not Condemn* [El amor no condena]), no me di cuenta del alcance del lenguaje y de las ideas metafísicas del Curso. De hecho, me sorprendió comprobar los paralelismos.

Otra cosa que he encontrado, y forma una parte importante de mi libro que creo que te interesaría particularmente, es que —a mi modo de pensar— el Curso resuelve una paradoja básica infiltrada en la mayor parte del pensamiento platónico: ¿cómo se llega del perfecto Uno y Bueno al mundo de la imperfección y de la multiplicidad?

Sé que esta es una paradoja que el filósofo Plotino nunca resolvió; una suerte de tensión que se destila a lo largo de su obra. Los platónicos y neoplatónicos acabaron concluyendo que, a pesar de toda la antipatía que sentían hacia el cuerpo y hacia muchos de los aspectos del mundo, a fin de cuentas el cosmos y el cuerpo sí procedían del Uno, de Dios. Y desde el punto de vista de *Un curso de milagros*, eso presenta una nueva paradoja: ¿cómo es posible que este Dios perfecto, que es espíritu puro sin forma y eterno, pueda acabar creando un mundo que no comparte dichas características.

Volviendo a plantear brevemente este punto, la solución del Curso es que el universo imperfecto de la dualidad es sencillamente un sueño que nosotros —como mente colectiva, no individual— estamos soñando. Cuando despertemos del sueño nos percataremos de que solo era un sueño de separación que en verdad nunca ocurrió. Por consiguiente, la integridad de la Divinidad no dualista permanece intacta. Me doy cuenta de que estamos girando en círculo y de que, por lo que dices, este punto de vista —que es crucial para el Curso— no es un problema para el cristiano.

CLARKE: Ya he expresado la posición cristiana sobre la creación por Dios del mundo material. Pero la asombrosa afinidad entre el Curso y estas doctrinas tan antiguas, como el gnosticismo y el vedanta hindú, muestra que existe una inclinación natural en la cultura humana hacia este modo de pensar.

También podría agregar que incluso en el pensamiento dominante de Occidente, en la influyente escuela del neoplatonismo (fundada por Plotino en el siglo III d. de C., la última gran escuela pagana de filosofía antes del triunfo del cristianismo con la conversión del emperador romano Constantino), existía una influencia importante del gnosticismo, a pesar de que Plotino criticó explícitamente la idea de que las almas humanas habían caído en la prisión de la materia como resultado de haberse apartado de su maravillosa unión previa con Dios como espíritus puros en el cielo, e ir en busca de su propia independencia. Pero Plotino tenía un problema un poco similar al del Curso: ¿por qué las almas que ya estaban aparentemente unidas con Dios en la dicha total querían separarse? Nunca pudo ofrecer una explicación satisfactoria, y alternaba entre pensar que era un castigo por el pecado y una misión positiva en el extraño mundo de la materia para embellecerlo mediante el gobierno del alma.

Sin embargo, para el cristiano no se produjo ninguna caída de almas espirituales puras desde un estado de unión con Dios previo al corporal. Esta posición fue condenada a principios de la historia cristiana por ser contraria a la revelación del cristianismo. Las almas humanas son creadas por primera vez en cuerpos como su complemento natural,

en un estado imperfecto, aunque bueno, para que encuentren su camino en un viaje a través del mundo material, como un lugar de educación y pruebas, hacia su hogar final en Dios en cuerpos transformados. La bondad original de la naturaleza humana se ha debilitado, ensombrecido y se ha hecho más vulnerable (destrozada o corrupta, según el cristianismo luterano) debido a la libre inclinación de la raza humana hacia el pecado, con sus consecuencias heredadas.

WAPNICK: Creo que las diferencias son claras. El punto de vista de *Un curso de milagros* es que todo esto está ocurriendo en un sueño. Hay una línea en el Curso que dice: «Estás a gusto en Dios, soñando con el exilio» (T-10.I.2:1). Hay otra línea, originalmente expresada por Mary Baker Eddy, la fundadora de la ciencia cristiana, que cita su comentario de que en el Libro del Génesis, en la Biblia, se menciona que sobre Adán se abatió un sueño profundo, mas no se hace referencia en ninguna parte a que haya despertado (T 2.I.3:6). Creo que esta es otra forma de presentar el mismo punto. Podríamos decir metafóricamente que todo lo que ocurrió desde que «Adán se quedó dormido» quedaría relegado al sueño. Así pues, todo lo que experimentamos durante los miles y miles de millones de años del sueño que llamamos evolución son los efectos del pensamiento de que pudimos llevar a cabo lo imposible. Es decir: pudimos ser Primera Causa al matar a nuestra Fuente, usurpar el papel de Dios como Primera Causa y después «demostrarlo» fabricando un mundo de opuestos y multiplicidad.

El núcleo de este sueño del ego es el cuerpo, al que *Un curso de milagros* llama el «héroe del sueño». Y no tiene nada de positivo, porque el cuerpo se fabricó para proteger el pensamiento de separación del ego y, por consiguiente, para atacar la unidad del Amor de Dios. Por otra parte, una vez comenzado el sueño, el cuerpo se torna neutro y o bien sirve al propósito del ego de aprisionar la mente en el sistema de pensamiento de separación, pecado, culpabilidad y miedo; o bien sirve al propósito del Espíritu Santo: ser un aula de clases en la que aprendemos las lecciones de perdón y despertamos del sueño.

De modo que en el Nivel Uno se entiende que el cuerpo es una ilusión de separación y de odio y una limitación sobre el Amor ilimi-

tado, de lo cual Dios no sabe nada. En el Nivel Dos se considera como una ilusión que sirve a un propósito nocivo o bien a uno beneficioso, y en este último nuestra experiencia es que Jesús o el Espíritu Santo son una ayuda siempre presente.

CLARKE: Eso me aclara mucho más la enseñanza del Nivel Uno del Curso. Pero debo añadir que aun cuando pudiese haber un estado así, un estado de apartarse de Dios para idear un mundo ilusorio o de «sueño», me parece que Dios mismo, con su conocimiento infinitamente perfecto, ante el cual «todo está claro y patente» —aun los más recónditos pensamientos del hombre (Heb 4:13)—, tendría que saber claramente (mucho más de lo que un padre humano podría conocer de la pesadilla de su hijo) que el alma está soñando y qué clase de ilusión está inventando, puesto que este es un acto positivo de una mente real. Entonces Dios, con amorosa compasión, procuraría venir y ayudarnos a despertar. El Dios cristiano conoce toda nuestra ignorancia, sueños, ilusiones, etcétera, y precisamente ha enviado a su hijo Jesús para que nos conduzca de la oscuridad a la luz.

WAPNICK: Creo que parte de la respuesta a eso, y que ciertamente no resuelve la diferencia, es que, según el Curso, «quedarse dormido» no es algo que le suceda a un cuerpo. La interpretación del Curso es que esa sería una actividad puramente mental, y quedarnos dormidos sería equivalente a la creencia de que pudimos separarnos de Dios. *Un curso de milagros* define el pensamiento de separación como el comienzo del sueño. El cuerpo surge después, una vez que el mundo físico es «creado falsamente», como diría el Curso. Pero el acto de quedarse dormido, desde la perspectiva de *Un curso de milagros*, sería el equivalente a que la mente tuviese ese pensamiento de estar separada de Dios.

La posición del Curso es que ese es un pensamiento imposible: ¿cómo podría una parte de Dios separarse de Sí Mismo? O como tú dirías, ¿cómo podría una parte de Cristo quedarse dormida si Su naturaleza es estar despierto? La respuesta del Curso a esa pregunta, que no es una respuesta lógica, es que es un pensamiento imposible, y por consiguiente en realidad nunca ocurrió: solo creemos que lo imposible ha ocurrido. De hecho, ni siquiera existe un «nosotros» que pueda creerlo. Me doy cuenta de los tremendos problemas filosóficos que esto presenta, y creo que es una premisa que desafía la lógica. En efecto, estos mismos problemas se remontan a Platón y continúan a lo largo de toda la historia de la filosofía cristiana.

De hecho, *Un curso de milagros* dice que incluso formular esto como una pregunta es un truco del ego, puesto que realmente es una aseveración disfrazada de pregunta; la aseveración es: «Creo que existo como un yo separado y ahora quiero que me expliques cómo llegué hasta aquí». Por consiguiente, solo un ego formularía una pregunta como esa, e incluso contestar esta seudo pregunta equivale a apoyar la premisa básica del ego de que la separación realmente ocurrió. Por lo tanto, una vez que se le adjudica validez a la pregunta, nuestra tarea se convierte en tratar de entenderla, lo cual es evidentemente imposible. En un lugar del Curso, Jesús afirma que aún creemos que nuestro «entendimiento constituye una poderosa aportación a la verdad y hace que esta sea lo que es» (T-18.IV.7:5). En otras palabras, no debemos intentar comprender algo que es inherentemente incomprensible.

Por consiguiente, lo que *Un curso de milagros* trata de hacer es *describir*, no explicar, cómo vinimos a parar aquí, y si me permites, quisiera volver a algo que decías hace un momento: el hecho de que Dios es espíritu informe y perfecto. El Curso utiliza eso para explicar por qué Dios no pudo haber creado el mundo. En otras palabras, este mundo es imperfecto y es un mundo de forma y de cuerpos, de cambio y de muerte. El Curso utiliza esta evidencia como prueba de que Dios no lo creó y ciertamente nunca hubiese podido crearlo, puesto que Él podría crear únicamente como Él Mismo. *Un curso de milagros* parte de la premisa de que cualquier cosa que Dios crea tiene que compartir Sus atributos y características, y puesto que este mundo físico y el cuerpo no las comparten, Él no pudo haberlo creado.

CLARKE: Esa es una aseveración muy interesante y reveladora que nos ayuda a penetrar detrás de algunas de las diferencias profundas que existen entre el Curso y el cristianismo tradicional, en cuanto a la visión del mundo. De acuerdo con el Curso, Dios solo podría crear algo perfecto como él mismo, y eso excluiría un mundo no solo de maldad sino también de imperfección, de cambio, de cuerpos (materia) y de muerte.

Aunque la revelación cristiana en sí no entra explícitamente en estas cuestiones más filosóficas, tiene una actitud implícita que los teólogos cristianos siempre han enseñado claramente. Primero, como Dios es un ser infinitamente perfecto, es absolutamente imposible para él crear otro ser infinitamente perfecto como él mismo. Un ser infinito no puede sino ser uno solo, único. Un segundo ser así tendría que carecer de algo de lo que tenía el primero, y en consecuencia no ser infinito, o tendría que coincidir perfectamente con el primer ser infinito y de ese modo ser idéntico a él. De manera que cualquier mundo que Dios cree distinto a él en cualquier forma tendrá que ser imperfecto de algún modo. Y si es un mundo de espíritus puros, si estos han de ser personas reales, tienen que tener inteligencia y libre albedrío (eso es lo que significa un ser espiritual), y por consiguiente, son aptos de rechazar o resistirse libremente a Dios de alguna manera, y así abrir paso a por lo menos algún mal moral en el mundo.

Pero creo que el verdadero escollo es la posibilidad de que Dios cree un mundo material, que este sea bueno, y de alguna manera una imagen de sí mismo. Voy a explayarme en un tema que mencionamos antes: un cristiano (y creyentes de otras religiones judíos, musulmanes, etcétera) diría que no podemos limitar la creatividad de Dios. Dios se deleita en extender su poder hasta el límite último y en crear seres inferiores a todo lo largo del espectro de ser hasta la materia, y luego eleva lentamente este mundo de materia por medio de la penetración progresiva del espíritu en él. Finalmente, este mundo asciende a la luz parcial de la conciencia espiritual en los seres humanos, que luego son transformados por la resurrección en la luz de la gloria con Dios, con el Jesús ascendido como precursor. Dios se deleita en tomar las cosas más inferiores y elevarlas hasta las alturas. Se deleita, podría decirse, en trabajar la materia como un artista; y todo arte verdadero es la penetración y la iluminación de la materia por el espíritu. La materia verdaderamente puede ser la portadora y la expresión simbólica del espíritu. Si cada auténtico artista humano puede hacer esto, más aún puede hacerlo Dios, el máximo modelo e inspiración de todos los artistas. Y no podemos, con nuestra limitada imaginación humana, decir a Dios que él no puede hacer eso. Indudablemente, Dios ya ha creado muchos otros universos perfectos, quizás puramente espirituales, incluso nuestro propio universo angélico. Pero él también quiere mostrar su poder creador mediante su osado experimento con un mundo material en evolución y el espíritu que va emergiendo lentamente de su interior lleno de imperfección, falsos comienzos, deslizos, etcétera, pero en vías de ser elevado finalmente a la vida superior del espíritu. En verdad Dios puede dejar huella, por muy tenue que sea, sobre este mundo material y amar el humilde fruto de sus manos como una obra colmada de bondad real y potencial.

Me parece que es aquí donde surge la profunda herencia gnóstica del Curso, pues toda esta tradición siempre ha expresado una profunda desconfianza y denigración de la materia como algo malo, o por lo menos indigno de la atención y del amor de Dios. Para el cristiano, por otra parte, Dios ama esta expresión inferior de sí mismo y ama trabajarla creativamente, aunque siempre con la visión de infundir en ella el espíritu, tal como lo demuestran todas las formas, las estructuras, el

orden, la armonía y el esplendor de la belleza que emanan de manera inteligible de nuestro mundo material inferior.

WAPNICK: Antes de responder a tu extenso comentario, me gustaría aclarar un punto que acabas de presentar, para lo cual reiteraré mi comentario anterior. Sin duda, *Un curso de milagros* enseñaría que el cuerpo es «indigno» de Dios —de hecho, se refiere al cuerpo como un «remedo» y una «parodia» de la creación de Dios—, pero ciertamente no considera que el cuerpo sea malo, como lo veían muchos de los gnósticos. Esto otorgaría al cuerpo una realidad que no tiene, pues si sientes que algo te produce náuseas o repulsión —que es lo que ciertamente sentían muchos gnósticos con relación al cuerpo— obviamente has de creer en su realidad. Por tanto, dichos gnósticos le adjudicaban una realidad psicológica a lo que para ellos no tenía credibilidad filosófica. *Un curso de milagros* no cae en esa trampa muy sutil y astuta del ego.

Y ahora voy a referirme al punto central que has expresado de manera muy elocuente y que constituye la clave del asunto: la visión antropomórfica de Dios que es inherente a toda la teología cristiana. Ya me referí a esto, pero permíteme añadir algunos comentarios. Si bien el Curso no lo comenta directamente, lo que diré se desprende lógicamente de sus principios.

Ambos estaríamos de acuerdo en que Dios es un ser infinitamente perfecto. Sin embargo, ciertamente diferiríamos en cuanto a lo que esto significa. Para *Un curso de milagros* esto significa que Dios no es un individuo con una identidad personal o un yo: es decir, Él no tiene forma que lo distinga de Su creación. Él es completamente impersonal, como lo es el Uno de Plotino. Así pues, Su singularidad no se define al compararlo con otro, sino que más bien Dios es único porque no *hay* otro. Y como enseña el Curso, no hay ningún lugar en el que el Padre acabe y el Hijo comience como algo separado de Él (L pl.132.12:4), puesto que son uno.

Es más, el Dios del Curso no piensa de la manera que nosotros llamaríamos pensamiento, ni planea o se deleita en nada. Él es la Totalidad —el Todo— y ninguna «cosa» puede existir fuera de Él. Por lo tanto, Él no se experimenta a Sí Mismo en relación con Su creación. En *Un curso de milagros*, «Creación» puede definirse sencillamente como

INTRODUCCIÓN

CLARKE: Me gustaría comenzar esta conversación expresando mi agradecimiento al doctor Wapnick —de aquí en adelante le llamaré Kenneth— por estar dispuesto a ventilar las diferencias comunes entre el cristianismo tradicional y *Un curso de milagros*.

Hace algunos años, cuando oí hablar por primera vez de *Un curso de milagros*, hice un taller de seis horas con Kenneth sobre la doctrina básica del Curso. Me pareció claro que había una serie de incompatibilidades entre el cristianismo y *Un curso de milagros*, y para mi sorpresa, él estaba totalmente dispuesto a admitirlo. Respeto esa autenticidad. Kenneth no trata de evadir las diferencias. Admite con toda claridad que existen serias diferencias e incompatibilidades entre el Curso y el cristianismo tradicional, particularmente tal como lo expresa el catolicismo e, incluso como lo expresan también la mayoría de las tradiciones protestantes históricas. Él lo admite y no trata de esconderlo. Esto es admirable porque me parece que algunas de las personas que presentan *Un curso de milagros* sí tratan de evadirlo y dicen que el Curso es solo una extensión de las enseñanzas cristianas ordinarias. Kenneth repudia eso claramente; y al hacerlo muestra ser un maestro verdaderamente auténtico y honesto que procura presentar el Curso basándose en sus propios méritos como una enseñanza que a su manera constituye un camino, lo cual está bien si la gente quiere seguir ese camino, siempre que sepan lo que hacen.

WAPNICK: Si me permites, quisiera devolverte el cumplido: además de sentir una gran admiración por el Padre Norris Clarke como filósofo y maestro, también siento una gran admiración y respeto por la amabilidad e indefensión con las que presenta muy claramente estas diferencias, así como la posición de la Biblia y del cristianismo tradicional. Debido a esto nos sentimos particularmente agradecidos de tenerte con nosotros, Norris, para sostener juntos este diálogo.

Creo que, inicialmente, lo que ayudaría a esclarecer algunas de las diferencias y similitudes de las que hablaremos es destacar el hecho de que *Un curso de milagros* está escrito básicamente en dos niveles. El primero, que a veces llamo el Nivel Uno, es el nivel metafísico, que contrasta el estado puro del Cielo como única realidad y única verdad, con la naturaleza ilusoria del mundo físico. Así, este nivel metafísico contrasta el Cielo y el mundo, Dios y el ego, la verdad y la ilusión.

El segundo nivel en el que está escrito el Curso es lo que a veces llamo el Nivel Dos, que es el nivel más práctico de las enseñanzas del Curso sobre el perdón. En este nivel, *Un curso de milagros* trata este mundo físico y nuestras experiencias como con un sueño, y básicamente contrasta dos maneras de percibir este mundo y nuestra vida en él: la primera es seguir la dirección del Espíritu Santo; la segunda es escuchar la voz del ego. La Voz del Espíritu Santo habla de unidad, unión y perdón, mientras que la voz del ego habla de pecado, culpa, miedo, separación, ataque y juicio. Dentro de estos dos niveles intentaremos explorar algunas de las similitudes, así como las diferencias más importantes que existen entre *Un curso de milagros* y el cristianismo tradicional.

CLARKE: Yo tengo mis dificultades con la noción de dos niveles distintos, no tanto con la noción de realidad, sino con la de qué es real e irreal, ilusión y realidad, pero podemos explorar eso más adelante.

WAPNICK: Probablemente lo haremos.

EL ORIGEN DEL MUNDO

CLARKE: El primer y más fundamental punto de diferencia entre el cristianismo y el Curso es el primer artículo del Credo¹, la declaración de la creencia cristiana que se recita cada domingo en las iglesias de todo el mundo: «Creo en un solo Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible e invisible». Esto significa que todo lo real que no es Dios, viene a la existencia desde la nada (es decir, de ningún material preexistente) únicamente a través de Dios. El Curso niega esto explícitamente y dice que Dios no solo no es responsable de la creación del mundo material, sino que, de hecho, ni siquiera sabe de su existencia, puesto que no es verdaderamente real. En realidad solo es un estado de sueño, pensado por un fragmento de la conciencia divina o de Cristo que se separó de la pura conciencia divina y tejó este mundo de sueño como un acto de independencia de Dios, y como un refugio para el ego que huye al apartarse de Dios.

En el Libro del Génesis, en el Antiguo Testamento, la parte judía de la Biblia aceptada también por los cristianos como parte de su fe, se dice que Dios hizo la tierra y todas las cosas vivientes sobre ella, y finalmente a los seres humanos, y «vio que todo lo que había hecho era *muy bueno*». Esta bondad básica del mundo material, a pesar de todas sus imperfecciones, es central para la creencia cristiana, de modo que el estado final de bienaventuranza de los salvados en el cielo, incluyendo el estado de Jesucristo, será el de un cuerpo ascendido y glorificado, no un rechazo de la materia sino una ascensión de esta a la vida del espíritu.

Así pues, la fe cristiana no podría aceptar que nadie que no fuese Dios mismo hubiese podido crear de la nada este o cualquier mundo finito, y menos aún que esto ocurriera en contra de, o desconocido por, la voluntad de Dios. Ni podría aceptar que este mundo finito no sea un mundo real, sino solo un mundo de sueño o de puro pensamiento, únicamente de ideas. Pues, en primer lugar, este mundo es el teatro donde se desarrolla toda nuestra actividad moral, y en con-

1 Véase el Apéndice, pág. 113, para el texto completo del Credo Niceno.

secuencia todas nuestras decisiones libres, el camino necesario que debemos recorrer para ser admitidos a nuestra bienaventuranza final con Dios en el cielo. Y las decisiones morales libres solo pueden tomarlas personas reales con voluntades reales; no pueden ser tomadas por ideas o figuras de sueño.

En segundo lugar, la firme realidad de este mundo material está respaldada por el hecho de que Dios mismo asumió en su Hijo Jesús un cuerpo humano real de una madre humana real, María, y ha resucitado de entre los muertos en este mismo cuerpo real, que ahora existe eternamente en el cielo. Nosotros también estamos destinados a resucitar en nuestros cuerpos reales (aunque profundamente cambiados y espiritualizados). Además de esto, las criaturas recién nacidas en este mundo son verdaderamente nuevas personas que entran en el Reino de Dios, con el espíritu de vida verdaderamente infundido en ellos por Dios, y que crecen poco a poco hasta convertirse en personas morales responsables. No son simplemente productos de un sueño, o proyecciones irreales de ideas, o fragmentos que se desprenden (consciente o inconscientemente) de una conciencia que está soñando, sino que son personas reales con el poder de tomar decisiones morales libres.

WAPNICK: Si me permites, Norris, me gustaría comentar tus planteamientos y ampliar las diferencias entre *Un curso de milagros* y el cristianismo tradicional.

En primer lugar, el Curso ciertamente no vería el mundo como algo bueno, puesto que afirma que «el mundo se fabricó como un ataque contra Dios» (L-pII.3.2:1). Debido a que nace como resultado de la proyección del pensamiento en la mente de atacar y separarse de Dios, el mundo tiene que reflejar el horror del pensamiento de haber destruido a Dios y al Cielo. Y este pensamiento de separación es lo que el Curso define como pecado. Así que lo único «bueno» del mundo es que nos puede servir de aula de clases para aprender las lecciones de perdón del Espíritu Santo, lo cual explicaré con detalle más adelante. Pero el mundo, de por sí, no tiene nada de redentor.

En segundo lugar, mencionaste la idea de «los salvados en el Cielo», lo cual implica claramente que hay algunos que «no son salvados».

Este nunca sería el caso de acuerdo con *Un curso de milagros*, puesto que se entiende que la Filiación de Dios está perfectamente unida y es una consigo misma y con su Creador. Y de ese modo, en realidad no podría haber distinciones tales como «buenos» y «malos», o «salvados» y «no salvados». Únicamente en un sueño dualista podría parecer que ocurren tales distinciones. La implicación de una división como esa, además, es que parte de lo que Dios creó perfecto puede elegir, debido al «libre albedrío», tener una voluntad contraria a la Suya. Como resultado, esa parte tiene que sufrir las consecuencias de la reprobación de Dios, incluso hasta la condenación eterna. Todo esto sería imposible en el concepto de la perfecta unidad del Amor de Dios que nos presenta el Curso.

Me gustaría además comentar brevemente la palabra «conciencia». La interpretación que hace el Curso de la palabra «conciencia» es que pertenece al ámbito del ego, «la primera escisión que se introdujo en la mente después de la separación» (T-3.IV.2:1). Así, la palabra «conciencia» implica una dualidad: existe alguien que observa y algo que es observado. Soy consciente de algo, estoy pensando en algo. Así que, de acuerdo con la interpretación del Curso, el estado que describes —el de la «conciencia divina»— sería un estado de unidad indiferenciada y sin forma, puesto que se reserva el uso de la palabra «conciencia» para el mundo dualista de la percepción y del pensamiento, a diferencia de como mucha gente utiliza esta palabra en la actualidad y como la has usado tú. En este diálogo me refiero a ella como un estado que existe únicamente en el sistema de pensamiento del ego, porque implica una dualidad, lo que el *Un curso de milagros* llama el mundo de la percepción y la ilusión. No obstante, entiendo que quieras continuar utilizando el término de acuerdo con tu marco de referencias.

En lo que se refiere a las dos actitudes hacia el mundo que están tan en contraste, yo estaría totalmente de acuerdo contigo excepto en un aspecto. Volveré al origen, porque creo que esa es una diferencia crucial. Lo que hace a *Un curso de milagros* diferente y único entre las espiritualidades del mundo, y es la razón por la que hablo del Nivel Uno y del Nivel Dos, es que por una parte el Curso enseña que este mundo y el cuerpo no fueron creados por Dios, y de hecho señala

en un punto, como indiqué previamente, que este «mundo se fabricó como un ataque contra Dios», lo cual acentúa el radicalismo de la posición del Curso todavía más. Por otra parte, el Curso no fomenta en sus estudiantes una actitud de denigrar el mundo, sino más bien una actitud de ver al mundo como un aula de clases en la que el Espíritu Santo nos enseña las lecciones de perdón que nos conducen de regreso a Dios.

Si bien existiría una diferencia crucial en cuanto a la cosmogonía del mundo —el origen del mundo—, la actitud que *Un curso de milagros* fomenta en sus estudiantes no es de odio hacia el mundo, como la que experimentaban algunos gnósticos, por ejemplo. Más bien sería un sentimiento de gratitud de que Dios no creara esta pesadilla que llamamos mundo, lo cual significa que este es inherentemente irreal. Por lo tanto, el estudiante de *Un curso de milagros* también agradecería la oportunidad de aceptar la corrección del perdón que nos ofrece nuestro maestro Jesús.

Marción, un maestro gnóstico del siglo II, hablaba de que el mundo era una «célula insignificante» en la mente de su creador, entendiéndose el ego. *Un curso de milagros* definitivamente no estaría de acuerdo con esa clase de actitud, ni tampoco lo estaría el cristianismo, por supuesto. Pero en cuanto al origen y a la naturaleza del mundo, tal como los expone el Credo, incuestionablemente existe una clara diferencia entre la posición del Curso y la del cristianismo bíblico. Más adelante retomaré el importante asunto de la moralidad y del libre albedrío que has planteado.

CLARKE: Estoy de acuerdo en que el Curso no afirma que este mundo material sea malo, lo cual lo hace diferente de las otras doctrinas gnósticas cercanas a los inicios del cristianismo que en muchos sentidos son similares al Curso, y a las que siempre se opusieron muy tenazmente las Iglesias cristianas por considerarlas muy contrarias al espíritu y a la letra del cristianismo. Así pues, el Curso enseña que este mundo es, para los que lo habitamos, una escuela positiva donde aprender a despertar y regresar a nuestro estado real de perfecta unión con Dios. Pero este mundo material de personas diferenciadas sigue siendo únicamente un mundo de sueño, no un mundo verdaderamente real de personas reales

y genuinamente distintas. Un creyente cristiano no podría aceptar esto. Para él, este mundo también es un «aula de clases» donde despertar a nuestra verdadera naturaleza y a nuestro desarrollo personal, moral y religioso, pero esto solo pueden hacerlo individuos morales que sean reales en un mundo real, en el que enfrenten decisiones libres. Así, la similitud clave con las antiguas doctrinas gnósticas sigue estando presente: este mundo material de muchas personas distintas no es la obra de Dios, ni es real y bueno en sí.

Aquí también parece haber un profundo eco de otra gran y antigua doctrina de la India, la del vedanta advaita (o no dualidad) hindú, de acuerdo con la cual la Realidad Última, o Brahma, es todo lo que verdaderamente es, «Uno sin segundo», y todo lo demás que les parece real a aquellos que están en la ignorancia es, de hecho, una ilusión, el producto de una conciencia que sueña o *maya*. Creo que tú mismo, Kenneth, has admitido en algún lugar estas afinidades con el gnosticismo, así como con el vedanta advaita. Pero para los cristianos solo hay dos opciones aceptables: o este mundo no es real, y por consiguiente no puede ser el campo para el genuino desarrollo moral y la respuesta a Dios como camino hacia la unión final con él; o es un mundo verdaderamente real, en cuyo caso solo Dios pudo crearlo de la nada. Volveré a esto dentro de un momento. A pesar de todas sus imperfecciones, este mundo sin duda manifiesta lo segundo mediante su orden extraordinariamente rico e interrelacionado y su inmensa energía.

WAPNICK: Sí, creo que tu punto acerca de que el mundo o el cosmos son un logro tan impresionante refleja tu amor por Platón, quien obviamente señalaría lo mismo. Creo que existen muchas cosas que el Curso tiene en común con el platonismo y el neoplatonismo, y ciertamente esa no estaría entre ellas. *Un curso de milagros* diría que el orden y la lógica que existen en el mundo o el cosmos constituyen un orden *aparente* —nacido del ego— porque es un mundo de forma y cambio. Por lo tanto, el mundo está realmente en desorden porque es la negación del estado informe e inmutable de Dios. De hecho, en la sección titulada «Las leyes de caos», el Curso expone de forma inequívoca las premisas ilógicas y

dementes del mundo, comenzando con la primera ley de caos de que existe una jerarquía de ilusiones y de que la verdad es relativa y no absoluta. Por tanto, de acuerdo con este principio del ego, en este mundo ciertas personas o cosas serían más valiosas, importantes o santas que otras.

Por lo tanto, la *falta* de verdadero orden y la *presencia* del caos demente serían la prueba de que el universo físico no pudo haber sido creado por Dios, sino que más bien surgió de las febriles creaciones falsas de la mente ego, que es inherentemente desordenada debido a su naturaleza dualista y separada. En *Un curso de milagros* la Verdad es nodualista, y por lo tanto tiene que ser absoluta y no relativa, justo lo opuesto del estado de la mente escindida.

CLARKE: Tendría que ser una mente bastante poderosa.

WAPNICK: Sí, *Un curso de milagros* lo dice así. Creo que ambos coincidimos en que nuestras mentes son poderosas. De hecho, lo que el Curso diría, y lo dice de diferentes maneras, es que uno de los propósitos que tuvo el ego para inventar este mundo —el hogar de este falso yo nuestro— fue tener un opuesto al Cielo. En esencia, tratar de superar a Dios. Contemplar la aparente majestad del cosmos y decirle a Dios, obviamente a nivel inconsciente: «¡Mira lo que he hecho! ¡Yo puedo crear como Primera Causa y hacer algo tan bueno, si no mejor, que Tú!». Esto refleja claramente la arrogancia del ego. Además, el ego se jacta de que puede fabricar un mundo que, siendo lo opuesto del Cielo, termina siendo su sustituto.

CLARKE: Ya veo. Pero ese ego no sería nuestro propio ego...

WAPNICK: No sería el ego individualizado que identificamos como el de Kenneth o el de Norris. El Curso describe un proceso de fragmentación que ocurrió cuando el Hijo *pareció* quedarse dormido. Entiendo

que este es un punto que te resulta difícil y lo retomaremos. La separación comenzó originalmente cuando una sola mente se fragmentó, de manera similar al proceso de la mitosis celular, y continuó fragmentándose una y otra vez, subdividiéndose una y otra vez, dando como producto final este mundo de multiplicidad y seres separados. Pero en realidad todos somos parte de un solo yo: tanto de un falso yo, el yo del ego, como de un Ser colectivo que *Un curso de milagros* llama Cristo, nuestra Identidad espiritual.

CLARKE: Este es un resumen muy útil y esclarecedor de la posición principal del Curso acerca de los orígenes de lo que llamamos «nuestro mundo» o nuestra situación actual. Pero esto resalta aún más claramente las diferencias básicas entre el Curso y el cristianismo tradicional. Partiendo de la doctrina en la que solo Dios crea de la nada todo lo que es, de la nada, no existen más que dos opciones aceptables para el cristiano: 1) O este mundo material, en el cual parece que vivimos, es de alguna forma y hasta cierto punto *real* —en cuyo caso no pudo ser producido de la nada por ningún otro ser que no fuese Dios mismo; no pudo ser producido por ninguna mente real que de algún modo se separara de la mente divina única sin que esta lo supiera, y menos aún, en contra de la voluntad divina; 2) o de lo contrario, este «mundo» en el que operamos actualmente es solo un mundo de puros pensamientos, ideas, sin ninguna realidad más allá de la de ser meras ideas e imágenes. Entonces, no podría ser el escenario donde hacer decisiones morales reales, donde decidir regresar a Dios, apartarse de la ilusión —tal decisión en sí no puede ser tan solo una ilusión— ni podría ser el escenario donde realizar actos tan profundamente buenos como llevar una vida de perdón y de amor, de la que el Curso habla tan hermosamente en su nivel segundo o práctico.

No está claro cómo un aula onírica puede servir realmente para enseñar a voluntades individuales a tomar, o no tomar, decisiones individuales reales de regresar a Dios. No parece que meros personajes fabricados por un sueño o una idea puedan tomar decisiones morales individuales de un significado real, a menos que «sueño» o

«pensamiento» tengan una acepción mucho más poderosa y «real» que su significación normal en nuestro lenguaje, y así caemos nuevamente en la primera opción rechazada arriba.

Creo que tendríamos una dificultad similar para hacer comprensible el proceso descrito por el Curso como una fragmentación progresiva de egos a partir de uno originalmente mayor, es decir: ¿sería esta una fragmentación real? ¿Cómo podrían egos únicamente imaginarios tomar decisiones morales reales, buenas o malas? ¿Simplemente se fragmentarían estos en un proceso inconsciente, cuasi biológico o por una decisión espiritual y deliberada del ego central? Supongo que la dificultad primordial aquí es: ¿cómo podrían personajes imaginarios irreales de un sueño tomar decisiones morales significativas? En una palabra, el segundo nivel práctico de enseñanza del Curso, con toda su rica sabiduría psicológica y espiritual y sus exhortaciones a una vida disciplinada, parece ser un nivel más real y existencialmente dramático que lo permitido por la teoría del primer nivel del Curso. Eso es lo que realmente deja desconcertado a un cristiano: ¿cómo es posible que haya podido echar a andar un mundo de sueño/real así, independientemente y sin el conocimiento de Dios, que es el Creador único de todo lo que tiene cualquier semblanza de realidad? ¿Cómo podría el Creador no conocer lo que muchas de sus propias criaturas conocen: este dramático mundo onírico de decisiones morales que ellos conocen y en el que viven? Ahí tienes, dicha llanamente, la razón por la que un creyente cristiano tradicional, que cree en Dios como Creador de todo lo que es, no podría aceptar el Curso literalmente tal como es.

WAPNICK: Por supuesto que no; así como al estudiante de *Un curso de milagros* le resultaría imposible aceptar el punto de vista del cristianismo tradicional. Como hemos expuesto ya, y sin duda expondremos nuevamente, *Un curso de milagros* y la Biblia reflejan caminos espirituales mutuamente excluyentes.

Responderé a tu último punto más adelante, pero primero haré algunos comentarios sobre la naturaleza del sueño. La enseñanza metafísica central del Curso es que el mundo de la percepción y de

las formas —lo que los hindúes llaman el mundo de la multiplicidad— es totalmente ilusorio. Es sencillamente un sueño en el que el Hijo de Dios creyó que podía separarse de su Creador y Fuente y fabricar un mundo y un yo que es lo opuesto al Cielo. No es diferente —de hecho, la analogía se presenta varias veces en el Curso— a nuestra experiencia nocturna mientras soñamos. Cuando dormimos, las imágenes que «vemos» nos parecen muy reales. Las personas con las que interactuamos, los lugares donde nos encontramos, los sonidos, los sabores y la estimulación táctil que son parte del sueño, todos ellos los experimentamos como muy reales mientras estamos dormidos y soñamos. Esto incluye esos acontecimientos del sueño que «violán» las leyes habituales del tiempo y el espacio. Solo cuando despertamos del sueño nos damos cuenta de que no ocurrió absolutamente nada de lo que nos parecía tan tangible y real. Durante todo lo que acontecía en el sueño permanecemos a salvo, dormidos en la cama.

Lo que *Un curso de milagros* llama nuestros sueños en estado de vigilia —lo que consideramos nuestras vidas reales— no son diferentes: el mismo contenido, diferente forma. Así pues, nosotros solo *pensamos* que estamos aquí, teniendo la experiencia de que vivimos en un mundo creado que está fuera de nosotros mismos, y que existe de manera autónoma e independiente de nuestras mentes. Pero, en verdad, todo esto es un sueño colectivo en el que todas las figuras —animadas e inanimadas, sin considerar dónde caiga cada una dentro de lo que se suele denominar la gran cadena de ser—son igualmente ilusorias, igual que en un sueño cuando dormimos. Es un sueño de proporciones cósmicas, de una vastedad casi inconcebible. Sin embargo, después de todo sigue siendo solo un sueño fuera de la Mente de Dios, que es la única Realidad.

Más adelante regresaré a algunos de tus comentarios sobre la moralidad y las decisiones, pero basta con decir que nunca habrá manera de que un cristiano bíblico y un estudiante de *Un curso de milagros* puedan hallar fundamentos de mutuo acuerdo en materia de teología o cosmología.

CLARKE: Antes de dejar este tema de la creación, considero justo decir

algo sobre las distintas formas en que cada posición visualiza el *problema del mal*. La dificultad para reconciliar la maldad evidente que hay en el mundo actual con la creación realizada por un Dios bueno es una de las principales objeciones del Curso en contra de esta creencia central del cristianismo tradicional. Como dijiste antes, el Curso considera el supuesto orden de este mundo como algo demente, con todas sus imperfecciones, enfermedades, desastres de todo tipo, y especialmente la feroz competencia de unas especies que viven de devorar a otras: la ley que rige en todo el mundo vivo subhumano. Si Dios va a crear un mundo, tiene que ser uno que se asemeje a las perfecciones divinas, no uno lleno de maldad.

Seamos perfectamente honestos. El problema del mal está lleno de misterio para nuestras limitadas mentes humanas, y no nos resulta fácil descifrarlo y comprenderlo con nuestra visión limitada de la historia universal y de lo que Dios planea para más allá de la muerte. Pero creo que la fe cristiana puede arrojar considerable luz sobre ello. En primer lugar, los males morales del mundo —que se derivan de las malas decisiones morales tomadas libremente por los seres humanos y de las consecuencias de estas—, tales como el odio, el egoísmo, la explotación de los demás, etcétera, son responsabilidad nuestra y no se deben en absoluto a Dios, quien solo nos los permite para no anular nuestra libertad y eliminar nuestras posibilidades de hacer el bien moral. El amor y el servicio dado libremente por los seres humanos es un bien tan excelso que Dios está dispuesto a correr el riesgo de queelijamos libremente el mal en lugar del bien.

En segundo lugar, gran parte del mal físico que hay en el mundo hoy día, tal como la destrucción del medio ambiente, el hambre, las enfermedades, etcétera, en realidad proceden de nuestras propias faltas, de la ignorancia y avaricia con la que abusamos del mundo. Parece que Dios quiere que aprendamos de nuestros propios errores a ser custodios más responsables del mundo material —y de nuestro propio cuerpo— que él nos ha encomendado.

Pero no cabe duda de que todavía existe una gran cantidad de sufrimiento, desastres, accidentes y muerte que forman parte integral de la estructura de un mundo material dinámico en evolución,

en el cual a seres vivientes vulnerables y limitados a un cuerpo —que o bien carecen totalmente de inteligencia o son de inteligencia muy limitada—, se les plantea el reto de ir tanteando su camino hacia un crecimiento superior a través de la impredecible acción recíproca de leyes naturales fijas e interacciones aleatorias. Creemos que Dios desea intentar el magnífico experimento de crear un mundo así, que culmine con Cristo y una humanidad redimida, ascendida y glorificada. Dios ya ha creado un mundo espiritual mucho más perfecto, el de los ángeles o espíritus puros, donde no existe rastro de ninguno de los males físicos de nuestro mundo inferior.

Pero nosotros no tenemos derecho a prohibir que Dios extienda su poder y sabiduría hasta el límite y tome la osada decisión de crear un mundo que comience con la dimensión más baja de la materia, y que luego, al evolucionar de manera ascendente, quede finalmente habitado por el espíritu, transformado por este y elevado al arrobado de la unión eterna con Dios mismo. Dios nunca nos promete que no seremos vulnerables o que no sufriremos a lo largo del camino, solo que él estará con nosotros a cada paso y que bien en esta vida o en la próxima se hará cargo, a su manera, de aquellos que resulten lastimados. Realmente no tenemos el derecho ni la sabiduría para declarar que Dios solo puede crear mundos que nosotros consideremos perfectos.

Existe además un misterio ulterior, que la experiencia humana de todos los que hemos vivido lo suficiente confirma, de que los espíritus encarnados como nosotros no llegamos a alcanzar la profundidad y riqueza total del carácter humano a menos que pasemos por el reto, la purificación y la transformación del sufrimiento. En esto radica parte del misterio de la Cruz y de la pasión del propio Jesús.

Aquí cabe un breve comentario adicional sobre cómo pudo Dios permitir un mundo donde la vida y la muerte están tan estrechamente entrelazadas, y donde la mayoría de las especies viven de devorar a otras en un ciclo constante de vida a través de la muerte.

Sé que esto molesta mucho al Curso. Existe un gran misterio aquí, sin duda. Pero creo que existe otra manera de mirarlo que no es solo un demente relato de horror y destrucción. Las criaturas vivientes por debajo del nivel humano no son personas que poseen libertad y una

conciencia de sí mismas; por consiguiente, cada individuo no es un fin en sí mismo como lo son las personas, sino que está subordinado a un bien común mayor, para el bien final de las personas.

En vez de decir que las especies superiores «matan» a las inferiores y destruyen así el propósito de estas, bien podría decirse que las inferiores realmente están cumpliendo su propósito al «alimentar» a las superiores, y que la lucha constante por la supervivencia es, de hecho, el activador primario que está detrás de toda la inmensa evolución creativa de nuevas formas de vida en la naturaleza. Pero esta cuestión realmente merece comentarse más a fondo, lo cual llevaría más tiempo del que podemos dedicarle aquí.

A pesar de todo lo expresado, tenemos que ser muy honestos y admitir que en esta vida no podemos dar respuestas adecuadas a todas las objeciones y preguntas escrutadoras que el Curso trae a colación acerca del problema del mal en el mundo actual. Nuestra fe cristiana nos obliga a creer y a confiar en que, de alguna manera, al permitir el mal, Dios acabará por producir un bien mayor de todo el proceso, aunque aún no podamos ver con claridad los detalles de cómo será.

En conclusión, solo podemos decir que tenemos dos maneras profundamente diferentes de mirar y de juzgar el mundo en que vivimos a la luz del primer artículo del Credo cristiano: Dios es el único creador de todo lo que es, y dicha creación es básicamente buena.

WAPNICK: Norris, no podríamos estar más de acuerdo en que estas dos espiritualidades *no* concuerdan. Si me permites, quisiera desarrollar algunos de los puntos que presenté antes, aplicándolos específicamente a este importante problema del mal.

Podemos decir que *Un curso de milagros* es una espiritualidad no dualista, mientras que la Biblia presenta una espiritualidad dualista. Creo que esta distinción será útil en el desarrollo de nuestra tesis de lo radicalmente diferentes que son estas dos espiritualidades.

En cuanto a la creación, de acuerdo con la visión que tiene el Curso de la realidad, el bien y el mal no pueden coexistir porque Dios es lo único que hay. El fenómeno de los opuestos existe únicamente en el

mundo ilusorio de la percepción y la materia, que no fue creado por Dios. Y como dice *Un curso de milagros* en la «Introducción» del Texto: «Lo opuesto al amor es el miedo, pero aquello que todo lo abarca no puede tener opuesto». Y de ese modo, el Dios no dualista de la creación que presenta el Curso es solo Amor, lo cual significa que la maldad no existe, puesto que no puede haber nada excepto el Amor de Dios.

Sin embargo, el mal, que en *Un curso de milagros* se equipara con la creencia en el pecado y en que nos separamos de nuestra Fuente —Dios—, definitivamente sí existe en el mundo dualista de sueños posterior a la separación. Pero, como todo esto ocurre solamente en el sueño colectivo y en los sueños individuales del mundo, el pecado y el mal no pueden existir y verdaderamente no existen, porque solo un pensamiento erróneo en una mente que sueña es capaz de creer que puede ejercer una voluntad en oposición a la Voluntad de Dios y dar origen a un mundo de multiplicidad. Por lo tanto, dentro de su sueño febril de pecado, el Hijo realmente cree que ha destruido la unidad de la Realidad, lo que él juzga como un acto de maldad que solo merece castigo.

También quisiera recalcar que la mente a la que se refiere *Un curso de milagros* no es la mente humana. La mente precede a la fabricación del mundo, y de ese modo antecede a todas las formas, tanto animadas como inanimadas. Por eso el Curso enseña que todas las cosas en el mundo son igualmente irreales y que «No hay vida fuera del Cielo» (T 23.II.19:1). Si bien nos llevaría otro libro comentar esto a fondo, es importante que por lo menos lo mencionemos porque pone de relieve otra diferencia importante. Sin lugar a duda el Dios de la Biblia es una persona, mientras que el Dios de *Un curso de milagros*, aunque se hable de «Él» como si fuese una persona, en realidad está totalmente más allá de semejantes antropomorfismos. Así pues, el Dios bíblico asume características y motivos —tanto superiores como inferiores— que son muy humanos, y el cristiano considera que todo esto es literalmente verdad. En el Curso, por el contrario, al estudiante se le pide que comprenda que estos antropomorfismos son metafóricos o simbólicos, y que no deben entenderse como literalmente ciertos.

PREFACIO

Kenneth Wapnick

SEGUNDA EDICIÓN EN INGLÉS – 2013

Aparte de aparecer en un formato más grande y con algunas correcciones menores, este libro sigue igual que en su primera edición. Dicho sea de paso, el Padre Norris Clarke, S.J., falleció en el 2008 a la edad de 93 años.

PRIMERA EDICIÓN EN INGLÉS — 1995

El día 4 de enero de 1989, en la Foundation for A Course in Miracles® (Fundación para *Un curso de milagros*®) entablé un diálogo con el Padre W. Norris Clarke, un sacerdote y filósofo jesuita católico, sobre las diferencias y similitudes entre *Un curso de milagros* y el cristianismo bíblico tradicional. El Padre Clarke es un sacerdote y filósofo católico fuera de lo común porque posee un enfoque de mentalidad abierta y libre de prejuicios hacia las enseñanzas no católicas, al tiempo que conserva su muy arraigada fe personal en la verdad de la Iglesia católica. Sus antecedentes son impresionantes y se resumen brevemente a continuación:

El Reverendo W. Norris Clarke, S.J. obtuvo su doctorado en la Universidad de Louvain y fue profesor de filosofía en la Universidad de Fordham, Nueva York, por espacio de treinta y un años hasta su retiro en 1985. Después de retirarse ha sido profesor visitante en universidades y colegios de toda la nación estadounidense. Fundó y durante veinticinco años fue el director de redacción de la publicación trimestral *International Philosophical Quarterly*. Ha servido como presidente tanto de la American Catholic Philosophical Association (Asociación Filosófica Católica Norteamericana) como de la Metaphysical Society of America (Sociedad Metafísica de Norteamérica) y ha sido miembro del Consejo ejecutivo de la American Philosophical Association (Asociación Filosófica Norteamericana). Ha dictado un gran número de conferencias, ha publicado más de sesenta artículos en publicaciones y antologías teológicas, y es autor de tres libros. Se le ama y respeta en

los círculos religiosos y filosóficos de todo el mundo como un hombre de profunda fe y sabiduría.

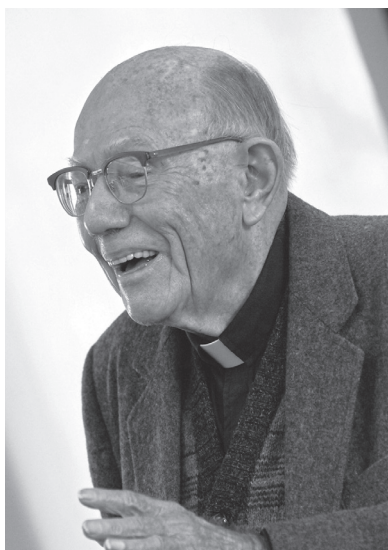
Al Padre Clarke se le han conferido numerosos galardones y distinciones honoríficas en reconocimiento de sus cualidades sobresalientes como maestro, filósofo y sacerdote. Entre estas distinciones se encuentra la Medalla Aquino de la American Catholic Philosophical Association por su distinguida contribución a la filosofía cristiana; el Premio al Maestro Distinguido de la Universidad de Fordham; y el nombramiento de doctor honoris causa por la Universidad de Villanova y el Colegio Jesuita de Wheeling. Me siento honrado de que él haya aceptado la invitación de la Fundación para unirse a mí en este diálogo.

El Padre Clarke y yo hemos sido amigos durante muchos años, y él era la persona ideal con quien entablar este diálogo. Nuestra conversación se grabó en video, pero por desgracia la calidad de las cintas resultó insatisfactoria. Este libro, que es una versión editada del diálogo, incluye cambios menores efectuados con el fin de realzar la amenidad de su estilo y ofrecer material esclarecedor adicional con las debidas referencias a *Un curso de milagros* y a la Biblia. He añadido una introducción especial para este libro, un apéndice que sirve de presentación de *Un curso de milagros* para el lector que no esté familiarizado con él, y un glosario con muchos de los términos y nombres a los cuales se hace referencia a lo largo del diálogo para aquellos que no los conozcan.

Estoy profundamente agradecido al Padre Clarke por estar dispuesto a participar tan gentilmente en este diálogo, y por la claridad que ha aportado al asunto de comparar *Un curso de milagros* con el cristianismo bíblico. También deseo dar las gracias a mi esposa Gloria y a Rosemarie LoSasso, la directora de publicaciones de la Fundación (originalmente estudiante doctoral del Padre Clarke en la Universidad de Fordham) —ambas presentes durante el diálogo—, por sus muchas sugerencias en la preparación del diálogo en sí, así como de este libro.



Dr. Kenneth Wapnick



Dr. W. Norris Clarke



INTRODUCCIÓN

Kenneth Wapnick

Durante aproximadamente 2.000 años la Biblia ha tenido un dominio increíble sobre la civilización occidental, y ha dominado claramente a todas las demás formas del pensamiento religioso. Es más, ha sido la influencia más poderosa en el curso de la historia política, económica, social, moral y artística de Occidente. Cuando se examina la Biblia desde la perspectiva de *Un curso de milagros*, se ve que la razón de este dominio es que la teología bíblica expresa claramente el sistema de pensamiento del ego, justificando así para los creyentes su propia necesidad de ser especiales. (Por la misma razón, quienes creen en la Biblia sacarían conclusiones similares sobre la actual popularidad del Curso.) A propósito, para los fines de este diálogo, el centro de interés principal fue el Nuevo Testamento, aunque como se mostrará en la charla, el Antiguo y el Nuevo Testamento juntos reflejan una orientación teológica común.

Muchos estudiantes de *Un curso de milagros* han sentido la tentación de llamar al Curso el «Tercer Testamento», expresando así su creencia de que representa la misma teología básica de la Biblia, aunque con una forma más «purificada» (es decir, menos dominada por el ego) o de un nivel espiritual más evolucionado. Como quedará claro a la luz del diálogo entre el Padre Clarke y yo, esto distorsiona burdamente lo que *Un curso de milagros* enseña, y no les hace verdadera justicia ni al Curso ni a la Biblia. De hecho, el Curso y la Biblia reflejan *teologías completamente diferentes y mutuamente excluyentes*, imposibles de integrar en una única espiritualidad coherente.

Esta diferencia crucial puede resumirse en la afirmación de que para los cristianos la Biblia es la Palabra de Dios (los cristianos difieren únicamente en el grado de literalidad que las distintas Iglesias le atribuyen), mientras que, desde la perspectiva de *Un curso de milagros*, la Biblia se vería como uno entre muchos documentos religiosos que reflejan la conciencia de la época y la cultura en las que se escribieron. Basándonos en la importante distinción que el Curso traza entre

forma y contenido, la Biblia se entendería como la *forma* en la que un pueblo expresó su visión del mundo y de Dios, por lo que no es diferente de las obras de los grandes poetas occidentales como Homero, los autores de las tragedias griegas, Dante, Shakespeare y Goethe, entre un sinnúmero de otros poetas y artistas.

El contenido que comparten todas las obras inspiradas es el deseo de expresar lo que es cierto para sus autores, independientemente de la forma de expresión artística en la que se manifieste. Si se entiende desde este punto de vista, el error del cristianismo ha consistido en elevar los planteamientos teológicos e históricos de la Biblia a verdades absolutas, un error en nada diferente a que un amante de Shakespeare afirmara que sus grandes dramas históricos presentan un relato preciso de la historia de Inglaterra.

Por lo tanto, intentar una reconciliación entre estos dos caminos espirituales —*Un curso de milagros* y el cristianismo tradicional— en el mejor de los casos conduce inevitablemente a la frustración, y en el peor a una severa distorsión. De hecho, el Padre Clarke ha comentado, como menciono al final del diálogo, que hablar del Curso como una «corrección» del cristianismo (como yo mismo he dicho ocasionalmente) induce a equívocos. Corregir algo implica que aún se retiene el marco de referencia básico de lo que se ha corregido. Por el contrario, *Un curso de milagros* refuta directamente el fundamento mismo de la fe cristiana y no deja nada en lo que los cristianos puedan basar su fe. He aquí algunas de las diferencias fundamentales entre los dos expresadas de forma sucinta:

1) *Un curso de milagros* enseña que Dios no creó el universo físico, el cual incluye toda materia, forma y el cuerpo; la Biblia afirma que sí lo creó.

2) El Dios de *Un curso de milagros* ni siquiera sabe del pecado de la separación (puesto que saber de él lo haría real), y todavía menos reacciona a él; el Dios de la Biblia percibe el pecado directamente, como se describe en el relato del Jardín del Edén que se comenta más adelante en el diálogo, y Sus respuestas al mismo son vigorosas, dramáticas y a veces punitivas, como mínimo.

3) El Jesús de *Un curso de milagros* es igual a todos los demás seres humanos: forma parte del Hijo único de Dios, o Cristo; al Jesús de la

Biblia se le considera especial, aparte, y por consiguiente, ontológicamente distinto a todos los demás, puesto que es el Unigénito de Dios, la segunda persona de la Trinidad.

4) El Jesús de *Un curso de milagros* no es enviado por Dios para que sufra y muera en la cruz en un acto de sacrificio expiatorio por el pecado; más bien enseña que el pecado no existe al demostrar que, en realidad, no le pasó nada, puesto que el pecado no tiene efecto alguno sobre el Amor de Dios. El Jesús de la Biblia agoniza, sufre y muere por los pecados del mundo en un acto que le brinda salvación vicaria a la humanidad, con lo cual establece que el pecado y la muerte son reales; además refleja claramente que Dios ha sido afectado por el pecado de Adán y tiene que responder a la presencia real del pecado en el mundo sacrificando a Su Hijo bien amado.

Así pues, desde la perspectiva de *Un curso de milagros*, el Dios de la Biblia, Creador del mundo y autor del plan de la expiación por medio del sufrimiento, el sacrificio y la muerte, es un Dios del ego. Es un Dios que claramente representa el sistema de pensamiento de especialismo del ego, que el Curso expone. Jesús mismo establece estos paralelismos en el Texto, como puede verse en las secciones iniciales de los capítulos 3 y 6, en la «Introducción» al capítulo 13, en la importante sección del capítulo 23, «Las leyes de caos», así como en muchísimos otros lugares del Curso.

En resumen, por lo tanto, podemos concluir que no existe ninguna forma de reconciliar el Dios o la teología de la Biblia con la teología que encontramos en *Un curso de milagros*. Es más, la figura de Jesús en la Biblia es totalmente incompatible con el Jesús que fue autor de *Un curso de milagros*. De hecho, Jesús afirma en el Curso, en obvia referencia a las imágenes históricas que se extrajeron de las bíblicas, que se han hecho ídolos amargos de aquel «que solo quiere ser un hermano para el mundo» (C-5.5:7). Constituye una fuente continua de asombro —dadas las claras distinciones entre la figura bíblica y la del Curso— observar cuán frecuentemente se intenta esta reconciliación. De hecho, el Padre Clarke hace esta observación en el transcurso del diálogo.

A menudo he hecho públicamente el comentario de que una de las lecciones más importantes que puede aprender un estudiante de *Un*

curso de milagros es cómo estar en desacuerdo con alguien (tanto si esa persona está en otro camino espiritual o es estudiante del Curso) sin que ello conlleve un ataque. En nuestro mundo de multiplicidad, donde rigen las proyecciones y las percepciones personales, es casi imposible que la gente se ponga de acuerdo en cuanto a los sistemas de pensamiento, y en realidad en cuanto a casi cualquier otra cosa. De hecho, mi padre solía decir que las diferencias de opinión: «Son lo que da lugar a las carreras de caballos». También es lo que da lugar al universo del ego y refleja su pensamiento original: el Hijo está separado y difiere en especie de su Creador. Como cito más adelante en el diálogo, el propio Jesús comenta en *Un curso de milagros*: «Una teología universal es imposible, mientras que una experiencia universal no solo es posible sino necesaria» (C-in.2:5). La experiencia universal es el amor, y el diálogo con el Padre Clarke se sostuvo con un ánimo amoroso de respetar las diferencias, puesto que acordamos tranquilamente no llegar a un acuerdo, ofreciendo de este modo un ejemplo de que se puede diferir sin juicio ni ataque.

Por lo tanto, esperamos que este libro contribuya a una mejor comprensión del sistema de pensamiento de *Un curso de milagros* y del sistema de pensamiento del cristianismo bíblico. No fue el propósito del Padre Clarke ni el mío debatir las claras diferencias que he señalado brevemente con anterioridad y que se comentarán más ampliamente en el diálogo. Más bien, nuestro propósito fue exponerlas con sencillez y definir las diferencias (y similitudes donde ocurran) con la mayor claridad posible.

De por sí, *Un curso de milagros* enseña mediante contrastes, como afirma con frecuencia (por ejemplo, T 13.XI.6:1-3; T-14.II.1:2-3), aun cuando esas diferencias están ausentes en el Cielo, el estado de perfecta Unidad y unión indiferenciada. No obstante, en nuestro nivel de aprendizaje, en el que creemos que existimos dentro del sistema de pensamiento del ego —un sistema de tiempo y espacio, de separación y especialismo—, todavía tenemos la necesidad de contrastes para aprender las lecciones de perdón del Espíritu Santo en vez de las lecciones de ataque del ego. De hecho, uno de los principales contrastes que Jesús utiliza en el Curso para presentar su sistema de pensamiento es el contraste con el cristianismo tradicional, con una referencia

ocasional y específica al catolicismo en particular. Así, en la misma presentación de *Un curso de milagros* Jesús nos muestra que las diferencias se pueden reconocer de forma amorosa, en un espíritu de no oposición y sin confrontación, para que dicho reconocimiento sirva amorosamente a un propósito pedagógico.

Por lo tanto, también se ha entablado este diálogo con el ánimo de reflejar la visión que el Curso tiene de sí mismo: que es solo uno entre muchos miles de caminos espirituales (M-1.4:1-2). Al final, la experiencia libre de juicios de nuestra unidad con Dios y Su creación, más que la mera aceptación de la teología de *Un curso de milagros* en oposición a la de otro sistema espiritual, es lo que constituye el propósito del programa de estudios del Curso.

El diálogo se ha dividido en una «Introducción» y cinco capítulos: «El origen del mundo», «Jesús», «La eucaristía», «Vivir en el mundo» y «Resumen y conclusiones».

Un apunte final: *Un curso de milagros* tiene sus propias reglas en cuanto al empleo de mayúsculas, que se han acatado en mi parte del diálogo: por ejemplo, todos los sustantivos y pronombres relacionados con Dios, Cristo y el Espíritu Santo se han escrito con letra mayúscula; el «Hijo de Dios», un término que incluye a todos los hijos de Dios, también se ha escrito con mayúscula. En la parte que corresponde al Padre Clarke se han seguido sus preferencias.

**UN DIÁLOGO
ENTRE
EL CRISTIANISMO
Y
UN CURSO DE MILAGROS**

Dr. KENNETH WAPNICK
Dr. W. Norris Clarke

Foundation for A COURSE IN MIRACLES®



Título en inglés
Course in Miracles and Christianity
Copyright © 1995 by the *Foundation for*
A COURSE IN MIRACLES®

Título en castellano
Un diálogo entre el cristianismo y un curso de milagros

Autores
Dr. Kenneth Wapnick
Dr. W. Norris Clarke

Traducción
Foundation for a Course in Miracles
Traducción supervisada por
Emy LaBelle y Miguel Iribarren

Diseño del libro
Félix Lascas

Primera edición en castellano
Septiembre 2018
Copyright © 2018 para la edición en España
El Grano de Mostaza

Depósito legal
B 21254-2018
ISBN
978-84-948739-1-1
EDICIONES EL GRANO DE MOSTAZA, S. L.
Carrer de Balmes, 394 ppal. 1.ª
08022 Barcelona, SPAIN

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (<www.conlicencia.com>; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

CONTENIDO

PREFACIO	VII
INTRODUCCIÓN	11

EL DIÁLOGO

INTRODUCCIÓN	19
EL ORIGEN DEL MUNDO	21
JESÚS.....	45
Naturaleza y función	45
El significado de la crucifixión y de la resurrección..	51
LA EUCARISTÍA	59
VIVIR EN EL MUNDO.....	71
RESUMEN Y CONCLUSIONES	96

APÉNDICE

GLOSARIO.....	109
KENNETH WAPNICK — NOTA BIOGRÁFICA	112
W. NORRIS CLARKE — NOTA BIOGRÁFICA.....	113
EL CREDO NICENO	114

UN CURSO DE MILAGROS

CÓMO SURGIÓ <i>UN CURSO DE MILAGROS</i>	115
QUÉ ES <i>UN CURSO DE MILAGROS</i>	117

MATERIAL INTRODUCTORIO SOBRE LA TEOLOGÍA

CRISTIANA	119
Foundation for A Course in Miracles®	121